

EL PSICOLOGISTA LEMERCIER DIALOGA CON CRISTO

La reducción del monje benedictino Gregorio Lemercier al estado laical ha sido recibida con extrañeza en algunos medios católicos.

Su vocación de psicoanalista al servicio de sus hermanos los hombres —sin distinción de raza ni credo— les parece ha resultado frustrada en parte por el decreto de Roma, el cual le ha despojado de su aureola monacal y sacerdotal por el miedo —él mismo lo afirma así— que en la Iglesia se siente hacia todo lo que se refiere al problema de la sexualidad. Hay quien compara su "caso" al de Camilo Torres o al del P. Teilhard de Chardin, incomprendidos ambos en vida y rehabilitados hasta la exaltación después de muertos. ¡Cuánto mejor hubiera sido el hacer la vista gorda sobre su proceder y permitirle continuar como psicoanalista, monje, y sacerdote!

Sobre este modo de razonar habría mucho que decir.

Prescindiendo de lo injusto que resulta el equiparar la exaltación de que está siendo objeto en algunas partes Camilo Torres, con la gloria actual que rodea a la figura de Teilhard, es evidente que no hay paridad alguna entre el caso de Lemercier y el caso Camilo Torres. Menos aún entre el caso Lemercier y el caso Teilhard.

Teilhard fué siempre un buen religioso, que amó más que nada a la Iglesia y a la Compañía de Jesús, y dió muestras heróicas de ello en su sumisión a la obediencia, por encima de toda la estima que profesaba a sus teorías científicas. Y Camilo Torres fué un hombre devoto que continuó siendo sacerdote, hasta el último momento de su vida.

En cuanto a Lemercier, jamás fue un motivo para su secularización su adhesión a las doctrinas de Freud, en las que la Iglesia no basó su decisión, ni emitió pare-

cer alguno sobre ellas, sino sobre su rebeldía a obedecer las órdenes recibidas.

Lemercier, como todos los sacerdotes católicos, se había comprometido, en virtud de un voto solemne, a acatar sus órdenes y pudo continuar como sacerdote y psicoanalista hasta tanto que, obligado a elegir, se declaró en rebeldía y prefirió, en la disyuntiva que se le propuso, dedicarse solamente a la labor de psicoanalista y echar el sacerdocio por la borda.

Por lo demás, esta decisión, extraña aparentemente, no puede sorprender demasiado a quienes hayan penetrado en su ideología religiosa, tal como se muestra en el libro "Dialogues avec le Christ",¹ el cual contiene, además de su breve biografía escrita por Francisca Verny, una serie de 45 meditaciones breves que van fechadas a partir del día de Reyes de 1963 hasta julio de 1966. El libro fué dado a la imprenta a fines de 1966, o sea medio año antes de romper con Roma, y estas meditaciones le servían de comentario en sus misas dominicales, a las que asistían sus monjes y un grupo de amigos suyos que acudían a Cuernavaca desde la capital de México.

Pues bien, en el Cristo que habla a "Gregorio" es difícil reconocer al Cristo del Evangelio. En sus razonamientos (de un estilo alambicado y a veces oscuro hasta el retruécano), el Cristo que dialoga con él se eleva a veces hasta alturas sublimes, para caer en otras hasta dar la impresión de que no sólo es un puro hombre sino un embaucador que se esfuerza por inocular en su oyente extrañas teorías sobre Dios su Padre, y al que acaba por acusar de injusto. Gregorio se rinde finalmente a estos razonamientos

disparatados y en el diálogo titulado "Pere, je te pardonne" (p. 192) entona una oración blasfema, en la que va perdonando a Dios todos los males que le ha hecho.²

Lemercier ha sabido resolver de un modo genial el misterio de la existencia del mal en el mundo. Le ha bastado para ello con reunir en uno solo a Ormuz y Ariman, aquellos dos principios orientales del bien y del mal que adoptaron las mentes enfermas de los maniqueos en tiempos de San Agustín.

Los escritos citados resultan iluminados de modo extraño por una página de su biografía en la que el mismo Lemercier nos relata su primer contacto con el mundo sobrenatural. He aquí sus palabras:

"En la noche del 4 de octubre de 1960 me hallaba recostado y despierto en mi cama. De pronto vi ante mí una multitud de relámpagos de todos colores. Era un espectáculo extraordinariamente bello y con mis ojos muy abiertos gozaba indeciblemente de estos fuegos artificiales, que hubiera deseado se prolongaran indefinidamente. Me volví del lado derecho y entonces apareció sobre el muro de mi celda como una pequeña pantalla, en la cual contemplé una rápida sucesión de rostros humanos. Este caleidoscopio se detuvo al aparecer un hermoso rostro, de gran bondad. En este preciso momento exclamé: 'Dios mío, ¿por qué no me hablas así?'. Y al punto comencé a llorar violentamente, invadido por la conciencia profunda de ser amado por Dios". Entonces resolvió Lemercier someterse a una cura mental, a base de psicoanálisis.

Lo dicho hasta ahora basta para que el lector pueda juzgar con suficiente conocimiento de causa la extraña personalidad del fundador del "Centro Psicoanalítico Emaús".

2.—Este sólo Capítulo (hay otras afirmaciones del mismo estilo) bastaría para justificar que la Iglesia haya prohibido la lectura de tal libro.